

rido, las desventuras de la patria, las tremendas luchas y los espantosos infortunios que suelen afligir al linaje humano, todo esto, cuando llega á convertirse en materia para nuestras creaciones literarias es cuando ya menos nos duele, porque si nos doliera, no escribiríamos, sino trataríamos de remediar el mal por medios prácticos, ó le lloraríamos, informe é inefablemente y sin literatura, si no acertásemos á remediarle.

Acaso parezca sofisma; pero, si no lo fuese, y si no temiese yo hacerme pesado, llegaría á demostrar por este camino que á fuerza de ser sentimental cuando no escribo, soy poco sentimental en lo que escribo. No gusto de afligirme ni de llorar, ni gusto de afligir ni de hacer llorar á los otros. El que busque, pues, emociones terribles y profundas que no lea ni compre este librejito. Si yo logro que el librejito no aburra, cómprele y léale el que anhele deshechar ú olvidar las terribles y profundas emociones, por virtud de otras superficiales, amenas y gratas.



EL CABALLERO DEL AZOR

—

I

HARÁ ya mucho más de mil años, había en lo más esquivo y fragoso de los Pirineos una espléndida abadía de benedictinos. El abad Eulogio pasaba por un prodigio de virtud y de ciencia.

Las cosas del mundo andaban muy mal en aquella edad. Tremenda barbarie había invadido casi todas las regiones de Europa. Por donde quiera luchas feroces, robos y matanzas. Casi toda España estaba sujeta á la ley de Mahoma, salvo dos ó tres Estadillos nacientes, donde entre breñas y riscos se guarecían los cristianos.

En medio de aquel diluvio de males, pudiera compararse la abadía de que hablamos al arca santa en que se custodiaban el saber y las buenas costumbres y en que la humana cultura podía salvarse del universal estrago. Gran fe tenían los monjes en sus rezos y en la misericordia de

I

Dios, pero no desdafiaban la mundana prudencia. Y á fin de poder defenderse de las invasiones de bandidos, de barones poderosos y desalmados ó de infieles musulimes, habían fortificado la abadía como casi inexpugnable castillo roquero, y mantenían á su servicio centenares de hombres de armas de los más vigorosos, probados y hábiles para la guerra.

La abadía era muy rica y famosa: rica por los fertilísimos valles que en sus contornos los monjes habían desmontado, cultivándolos con esmero y recogiendo en ellos abundantes cosechas; y famosa, porque era como casa de educación, donde muchos mozos de toda Francia y de la España que permanecía cristiana acudían á instruirse en armas y en letras. Entre los monjes había sabios filósofos y teólogos y no pocos que habían militado con gloria en sus mocedades antes de retirarse del mundo. Estos enseñaban indistintamente las artes de la paz y de la guerra; cuanto á la sazón se sabía. Y luego, según la indole de cada educando, los pacíficos y humildes se hacían sacerdotes ó monjes, y los belicosos y aficionados á la vida activa salían de allí para ser guerreros y aun grandes capitanes.

Cincuenta novicios había en la abadía de continuo. Y todos, salvo en las horas consagradas á ejercicios caballerescos, vestían el hábito de la orden.

En una tarde de abril, terminadas las visperas, salieron los novicios del coro, donde habían estado entonando salmos, y fueron, según costum-

bre, á pasar dos horas de recreo jugando en un gran patio.

Había un novicio de origen obscuro, lo cual se contraponía á la alta nobleza de que se jactaba con razón la mayoría de los otros. Este novicio era español.

Seis años hacía que había venido á refugiarse en el convento sin saber de dónde. El caritativo abad le dió asilo, y él, con su humildad profunda, con su aplicación constante, con la rara inteligencia que desplegó en el estudio y con la robustez y agilidad que mostró en todos los ejercicios corporales, se ganó la voluntad de aquel venerable siervo de Dios, que le amaba como á un hijo y que candorosamente le admiraba. De aquí la envidia que le tenían los otros novicios y especialmente los franceses. Tratábanle con desdén, le hacían mil burlas y hasta le dirigían improperios, que él sufría con resignación evangélica. Por esto le llamaban Plácido.

En aquella ocasión la envidia de los otros novicios había llegado á su colmo. Plácido acababa de alcanzar brillante triunfo. Había compuesto un devoto é inspirado himno latino á la Santísima Virgen María, tan lleno de bellezas y tan rico de amor místico, que, entusiasmados los monjes, le habían cantado en el coro, dando al joven poeta mil alabanzas y bendiciones.

Sus malos compañeros, deseosos de humillarle, y tal vez fiados en que Plácido era pacífico y sufrido, se encararon con él, aunque él se apartaba de ellos con mansedumbre y modestia, y

llegaron dos de los más insolentes al último extremo de la injuria. Recordando la obscuridad de su origen, se la echaron en rostro y calificaron á su madre de la más infame manera.

El cordero se convirtió entonces de repente en bravo león. Por dicha, no tenia armas, pero le valieron los puños. Con certero y fuerte golpe derribó por tierra, maltrecho y con la boca ensangrentada, al primero que le había ofendido. Después siguió peleando él solo contra otros tres ó cuatro, apoyado contra el muro y acosado por ellos.

Fué todo tan rápido, que nadie había acudido á interponerse y á restablecer la paz, cuando otro de los novicios, de nobilísima alcurnia francesa, intervino en la contienda, diciendo:

—Es cobardía que vayáis tantos contra él; apartaos; dejádmelo á mí solo; yo le castigaré como merece.

Fué tan imperiosa la voz, fué tan imponente el ademán de aquel muchacho, que se apartaron todos, formando ancho cerco en torno suyo.

Cayó entonces el francés sobre Plácido, el cual paró los golpes que le asestaba, sin recibir ninguno, y le ciñó con fuerza terrible en sus nervudos brazos.

Pasmosa fué la lucha. Firmes se mantenían ambos. Ninguno cejaba ni caía. Hubieran semejado dos estatuas de bronce, si no se hubiera sentido el resoplido de la fatigada respiración de los combatientes y si no se hubiera visto correr abundante sudor por sus encendidas mejillas.

¡Quién sabe cómo hubiera terminado aquel combate! Mal hubiera terminado, sin duda, si no llega precipitadamente el abad y logra al punto separarlos.

Después de censurar con breves y enérgicas palabras la acción de todos, ordenó á Plácido que le siguiese, y le llevó á su celda.

I

—En balde he esperado, hijo mío, hacer de ti un dechado de santidad y de paciencia, para que con el tiempo llegases á ser mi sucesor en el gobierno de esta abadía. Sé todo lo ocurrido y no me atrevo á culparte. La afrenta que te han hecho era difícil, era casi imposible de tolerar. Está visto, Dios no te quiere para la vida contemplativa. Imposible es además que permanezcas ya ni una hora en esta santa casa, donde has promovido un escándalo feroz, aunque disculpable. Por otra parte, el mozo con quien luchabas es poderosísimo por su nacimiento y riqueza y tú no puedes seguir viviendo donde él está. No me queda más recurso que el de obligarte á salir inmediatamente de la abadía. Pero no saldrás desvalido y sin prendas de mi afecto hacia tí. La abadía es rica, el abad también lo es, y en nada mejor puede emplear su dinero. Toma esta bolsa llena de oro; Hugo, el capitán de los arqueros, tiene orden mía para entregarte enjaezado

el mejor de los corceles que hay en nuestras caballerizas. Corre, revístate á escape de tus armas, monta á caballo y vete.

Vertiendo muchas lágrimas de gratitud y besándole respetuosamente las manos, Plácido se despidió del abad y éste le abrazó y le bendijo.

Dos horas después cabalgaba Plácido, solo y armado, por medio de un pinar espeso y por senda apenas trillada, que iba serpenteando junto á la orilla de un arroyo, entre cerros altísimos.

III

Llegó la noche medrosa y sombría. En aquella soledad asaltaron á Plácido mil ideas tristes. Los recuerdos de la niñez surgieron en su mente con claridad extraña.

Recordó que, seis años hacia, le habían arrojado de otro asilo con severidad y dureza harto diferentes. Desde muy niño, desde el albor de su vida, de que no tenía sino muy confusas memorias, se había criado en el castillo del terrible D. Fruela, poderoso magnate de la montaña. El castillo estaba en una altura muy cerca de la costa. Desde allí, ora salía D. Fruela con buen golpe de gente á caballo para penetrar en tierra de moros y talar y saquear cuanto podía, ora embarcaba á sus satélites en algunas fustas y galeras de su propiedad, é iba á piratear ó á dar caza á otros más crueles piratas que infestaban

aquellos mares é invadían y assolaban á menudo las costas de España: eran los idólatras normandos de Noruega y de la última Tule.

Plácido, recogido por caridad en el castillo, é hijo de padres desconocidos, había sido criado con amor por doña Aldonza, la mujer de don Fruela. Hasta la edad de ocho años, vivió Plácido en fraternal familiaridad con Elvira, la hija de doña Aldonza, que era de edad poco menor que él. Juntos jugaban los niños, y juntos aprendieron á leer y la doctrina cristiana.

Plácido y Elvira sintieron que sus almas se habían unido con el lazo del cariño más inocente.

Algo hubo de recelar ó de prever D. Fruela, y ordenó á su mujer que alejase al expósito del trato y de la convivencia de su hija.

Sumisa doña Aldonza, cumplió las órdenes de su marido; pero no hasta el extremo de evitar por completo que el pajecillo y la niña se viesan y se hablasen.

La menor frecuencia en el trato produjo un efecto contrario al que D. Fruela deseaba. En las mentes candorosas de él y de ella se trocó en adoración el afecto, y se iluminó y hermoseó con las galas y el esplendor de los sueños la imagen de la persona querida.

Así llegaron ambos á cumplir catorce años. En un día en que salieron de caza con D. Fruela, el caballo de Elvira corrió desbocado y fué á perderse en la espesura de un bosque. Plácido la siguió para salvarla, y acertó á llegar cuando el caballo que ella montaba tropezó y cayó, de-

ribándola por el suelo. Elvira, por fortuna, no se hizo el menor daño. Plácido se apeó con ligereza, acudió en su auxilio y la levantó en sus brazos.

Instintivamente, sin saber qué hacían, cediendo ambos á un impulso irreflexivo, tal vez movidos por los invisibles genios y espíritus de la selva, acercaron sus rostros y se dieron un beso. Plácido se creyó por breves instantes transportado al paraíso; pero la realidad más cruel hubo de mostrarle en seguida que estaba en la dura y áspera tierra. Una lluvia de infamantes latigazos cayó sobre sus espaldas. D. Fruela le había sorprendido, le castigaba y le afrentaba furioso. La jauría de sus podencos y lebreles y sus monteros se acercaban ya. Afrentado el mozo, aunque en edad tan tierna, no reflexionó en el peligro ni en lo desigual de la lucha, y venablo en mano se lanzó contra D. Fruela para matarle. Elvira se interpuso, dispuesta á recibir las heridas y salvar á su padre. Plácido dejó caer al suelo el venablo. La humillación le hizo verter amargas lágrimas.

El feroz D. Fruela, lejos de apiadarse, le azuzó los perros para que le devoraran, y ordenó á los monteros que disparasen contra él sus agudas flechas.

—¡Sálvate, Plácito, sálvate!—dijo entonces Elvira.—Si no huyes, mi cuerpo te servirá de escudo y me matarán antes de que te maten.

Plácido conoció entonces lo peligroso, lo imposible de la defensa. Temió más por la vida de

ella que por la suya. Era ágil y ligero como un gamo; conocía los más intrincados sitios y las más extraviadas sendas del bosque, y pronto desapareció como por encanto, no sin exclamar antes con su voz de niño, que se contraponía á la firmeza del tono:

—Ser padre de ella te ha salvado de la muerte. Ahora huyo, pero tal vez un día vuelva á buscarte y á exigirte su mano como sola satisfacción de mi afrenta.

Refugiado Plácido en la abadía, no olvidó la afrenta jamás, pero guardó oculto su recuerdo en el lastimado centro del alma. El horror que le causaba volver de nuevo contra el padre de Elvira, la humildad y la resignación y otros sentimientos religiosos inclinaron su espíritu y le excitaron á desistir de vengarse. Y como afrentado y sin venganza no quería vivir en el mundo, se decidió á hacer la vida del claustro. Hasta el día en que el insulto hecho á su madre despertó en él de nuevo la ingénita fiereza, fué el más paciente y dulce de los cenobitas. Lanzado ya al mundo de nuevo, con veinte años de edad, con aliento y brio y con caballo y armas, ¿dónde había de ir Plácido sino al castillo de D. Fruela á pedirle estrecha cuenta de todo?

IV

Sin detenerse sino para tomar el indispensable descanso, llegó Plácido á la morada donde

había pasado la niñez. Confiado en Dios, en su derecho y en su valentía, sin arredrarse, se acercó á la puerta del castillo.

Todo estaba mudado. En torno, soledad y silencio. Aunque era medio día, Plácido no vió ni hombres de armas ni campesinos. El puente levadizo, tendido sobre el foso, dejaba franca la entrada. El escudo de piedra berroqueña, que había sobre la puerta principal, estaba cubierto de negro paño de luto.

Pronto, por un anciano criado, única persona que halló y que al desmontar le tuvo el estribo, se enteró de la inmensa desventura que abrumaba á aquella familia. D. Fruela, acusado de alta traición, estaba en Oviedo y debía ser condenado á muerte. Su acusador era D. Raimundo, mayordomo de Palacio. Tres caballeros de la casa de D. Raimundo estaban prontos á sostener la acusación en palenque abierto contra los defensores de D. Fruela, el cual había apelado al Juicio de Dios. Pero D. Raimundo era tan poderoso y temido, y por su inaudita soberbia era D. Fruela tan odiado, que nadie acudía á defenderle. Sólo faltaban tres días para expirar el plazo. No bien Plácido supo todo esto, el rencor antiguo se convirtió en lástima en su alma generosa, y resolvió ser el campeón de quien tan rudamente le había ofendido, probad su inocencia y librarle de la muerte. En el castillo no había nadie, sino el anciano servidor. Doña Aldonza y Elvira habían ido á Oviedo á echarse á los pies del rey y pedirle el perdón, si bien con po-

quisima esperanza, por ser muy justiciero el soberano. De todos modos, la honra de la familia quedaría manchada.

Sin demora se dispuso Plácido á salir para Oviedo, pero antes el anciano servidor le refirió y encareció lo mucho que doña Aldonza y Elvira habían pensado en él durante su ausencia, y le dijo que habían dejado para él un presente á fin de que le recibiese y se le llevase si por dicha aparecía por el castillo.

El anciano fué por el presente y se le entregó á Plácido. Era una fuerte rodela, en cuya plancha de acero figuraba en esmalte, sobre campo de gules, un azor, cubierta la cabeza por el capirote y asido por la pihuela á una blanca mano que parecía de mujer.

—Tú tienes en el hombro derecho—dijo el anciano—grabado con indeleble marca, un azor semejante al del escudo. Por él serás un día reconocido y se sabrá quiénes son tus padres. Entre tanto mi señora y su hija te declaran y apellidan Caballero del Azor, y te dan en testimonio de ello esa prenda. Concédate Dios, Caballero del Azor, la buena ventura en lides y amores que ellas y yo te deseamos.

V

A los tres días, pocas horas antes de expirar el plazo, después de reposar en Oviedo y de aprestarse para el combate, sonaron las trompe-

tas y entró en el palenque el Caballero del Azor, con la visera calada y la lanza en la cuja.

En alta y sonora voz proclamó la inocencia de D. Fruela, llamó calumniadores á los que le acusaban, y retó á los tres, ó sucesivamente ó juntos contra él solo. Los campeones de D. Raimundo fueron sucesivamente apareciendo. Los combates fueron muy cortos.

El Caballero del Azor, con pasmosa destreza y bizarria, logró que en menos de media hora los tres mordiesen el polvo, muy mal herido uno de ellos.

El gèntio que rodeaba el palenque rompió en estrepitosas aclamaciones y vitores. El Caballero del Azor fué llevado en triunfo á palacio é introducido en la regia cámara.

El rey, informado de todo el suceso, ansiaba verle, y más lo ansiaba aún su noble y desventurada hermana, la infanta doña Ximena, que estaba con el rey en aquel momento.

—Caballero del Azor—dijo la infanta antes de que el rey hablase—¿por qué llevas un azor esmaltado en la rodela?

—Alta señora—contestó Plácido—porque le tengo también estampado en el hombro derecho, como indeleble marca.

Doña Ximena puso entonces los ojos con cariñoso ahinco en el rostro hermosísimo de Plácido, é imaginó que veía al Conde de Saldaña, como estaba en su muy lozana juventud, veinte años hacía.

Ya no pudo contenerse doña Ximena; se acer-

có al joven, le estrechó en sus brazos y le cubrió el rostro de besos, exclamando:

—¡Hijo mio, hijo mio!

El rey depuso su severidad, y dirigiéndose al joven, le estrechó también en sus brazos, y le dijo:

—Yo te reconozco; eres mi sobrino Bernardo; te hago merced de la Casa Fuerte y señorío del Carpio. Como Bernardo del Carpio serás en adelante conocido y famoso en todos los países y en todas las edades. Perdonado tu padre, saldrá de la prisión y será el legítimo esposo de mi hermana.

En efecto; el rey cumplió su promesa. El Conde de Saldaña salió del castillo de Luna donde estaba encerrado. Se aseó y se atavió con esmero, de suerte que todavía tenía buen ver, á pesar de su prolongado martirio.

Durante cinco dias consecutivos hubo magnificas fiestas en Oviedo. Las bodas de Bernardo del Carpio y de Elvira se celebraron al mismo tiempo que las del Conde de Saldaña y doña Ximena.

Pocos dias después pudo averiguarse que don Raimundo, el mayordomo de Palacio, había sido quien robó al niño Bernardo y quien le mandó matar, furioso como desdèñado pretendiente que fué de doña Ximena. Los sicarios, encargados de matar al niño, habían tenido piedad de él y le habían expuesto á la puerta del castillo de D. Fruela. Por esta y por otras muchas maldades que se descubrieron, se comprendió que don

Raimundo era un monstruo abominable, por lo cual el rey pudo ejercer provechosamente su justicia mandándole ahorcar, como le ahorcaron con general regocijo de los ciudadanos de Oviedo, porque D. Raimundo era muy aborrecido y porque en aquella edad tan ruda la filantropía no era cosa mayor y no infundía repugnancia la pena de muerte.

Sólo queda por decir que Bernardo fué felicísimo con su Elvira y que vivieron siempre muy enamorados ella de él y él de ella.

Por los antiguos romances y por la historia se sabe que aquella lucha á brazo partido, que interrumpió el abad en el convento de los Pirineos, se reanudó más tarde no lejos de allí, y terminó gloriosamente para Bernardo, muriendo ahogado entre sus brazos hercúleos el paladín D. Roldán, pues no era otro quien había luchado con él, cuando los dos eran novicios.

Y aquí terminan los sucesos de la mocedad de Bernardo del Carpio, ignorados hasta hace poco, y recientemente descubiertos en ciertos vetustos é inéditos Anales de la orden de San Benito, escritos en latín bárbaro en el siglo x y conservados en el monasterio de la Cava, cerca de Nápoles.



LOS CORDOBESES EN CRETA

NOVELA HISTÓRICA A GALOPE

SR. D. MIGUEL MOYA.

Mi distinguido amigo: Para *El Liberal* del domingo próximo me pide usted amablemente que escriba yo algo sobre las cosas que en las antiguas edades pasaron en la isla de Creta. Grande es mi deseo de complacer á usted, pero tropiezo con dos dificultades. En breves palabras y ciñéndome á lo consignado por mitólogos é historiadores, ¿qué podré yo decir que tenga alguna novedad, que no sea un extracto de lo que ellos dijeron, y que no esté mejor dicho en cualquier Diccionario enciclopédico? Y si acudo á mi imaginación y añado con ella algo á lo ya sabido, no tendrá consistencia ni se entenderá lo que yo añada, si lo ya sabido no se pone por base, lo cual no es posible que quepa en una ó dos columnas del apreciable periódico que usted dirige. De aquí que ni de una

suerte ni de otra pueda yo escribir con acierto para el fin que usted quiere. No es esto, sin embargo, lo que más me aflige. Lo que más me aflige es que, desde hace muchísimos años, desde antes que hubiese pensado yo en escribir novelas de costumbres del día, se me había ocurrido escribir una novela histórica sobre Creta, y hasta había forjado el plan, aunque confusa y vagamente. Hubiera sido mi novela un pasmoso tejido de extraordinarias aventuras, con un fundamento real del que la historia da testimonio, aunque conciso. Mi deseo de escribir esta novela no se ha disipado nunca. Lo que se ha disipado es mi esperanza. Para escribirla como yo me la figuraba era menester reunir y formar un inmenso aparato de erudición, y para esto me faltó siempre la paciencia. Hoy, por mi desgracia, además de la paciencia, me falta la vista. No puedo consultar la multitud de librotos, antiguos y modernos, y escritos en diferentes lenguas, de donde sacaría yo el color *local y temporal* que mi proyectada obra requiere. La obra, pues, tiene que quedarse en proyecto. Y ya que en proyecto se queda, para libertarme de su obsesión y para probarle á usted que si no puedo, quiero darle gusto, voy á poner aquí el proyecto en muy breve resumen.



En el reinado de Alhakem I, por los años 218 de la Egira, había en Córdoba un rico mercader

llamado Abu Hafáz el Goleith, natural del cercano lugar de Fohs Albolut. En su bazar, situado en una de las calles más céntricas, se veían reunidos los más preciosos objetos de la industria humana, así de lo que en nuestra Península se producía como de lo traído de remotas regiones; de Bagdad, de Damasco, de Bocara, de Samarcanda, de la Persia, de la India y del apenas conocido inmenso imperio del Catay. Abu Hafáz tenía naves propias, que iban á los puertos de Levante á proveerse de mercancías.

En una tarde de primavera entró en el bazar de Abu Hafáz una dama tapada, acompañada de su sirvienta. Aunque él no le vió la cara, admiró la gracia y gallardía de su andar, la esbeltez y elegancia de su talle, cierto inefable prestigio seductor que como nimbo luminoso la circundaba, y la aristocrática belleza de sus blancas, lindas y bien cuidadas manos.

La dama quiso ver cuanto de más rico en el bazar había. Abu Hafáz, lleno de complacencia, fué ofreciendo ante sus ojos, y poniendo sobre el mostrador, mil extraños primores en joyas y en telas. Ella no se saciaba de mirarlas. Era muy curiosa. El mercader le dijo:

—Aún no te he mostrado, sultana, lo más espléndido y peregrino que mi tienda atesora.

—¿Y para qué lo escondes y no me lo muestras?—dijo ella.

—Porque soy interesado y no quiero trabajar en balde. Muéstrame tú la cara y yo en pago te enseñaré mis mejores riquezas.

La dama no se hizo mucho de rogar. Apartó el rebozo, y dejó ver el más bello y agraciado semblante que el mercader había podido ver ó soñar en toda su vida. Agradecido y entusiasmado, trajo entonces perlas de Ormuz, diamantes de Golconda y tejidos de seda, venidos del Catay y bordados con tal esmero y maestría, que no parecía labor de seres humanos sino de hadas y de genios.

De la mejor y más estupenda de aquellas telas bordadas se prendó la dama incógnita, quiso comprarla, y pidió el precio.

—Es tan cara—dijo el mercader—que acaso no quieras ó no puedas pagarla; pero si tienes buena voluntad, la tela te saldrá baratísima.

—Acaba. Dí lo que me costará la tela.

—Pues un beso de tu boca—replicó el mercader.

Enojada la dama de aquella irrespetuosa osadía, se cubrió el rostro, volvió las espaldas á Abu Hafáz y salió del bazar seguida de su sierva.

Quiso el mercader seguirla para averiguar dónde moraba y quién era; pero la dama había desaparecido en el laberinto de las estrechas calles.

Pintaría luego la novela el furioso enamoramiento de Abu Hafáz y su desesperación durante cinco ó seis días, á pesar de mil cuidados y misteriosos asuntos que le preocupaban y ocupaban.

Al cabo la sierva viene al bazar y le dice que su señora no puede dormir ni sosegar, pensando

siempre en la tela y anhelando poseerla; que cede, por lo tanto, y que al día siguiente, al anochecer, vendrá al bazar con mucho recato y dará por la tela el precio que se le pide.

La dama acude en efecto á la cita. El mercader averigua entonces que ella está en el harén del sultán, de donde ha salido á hurtadillas, mientras el sultán está en la sierra cazando jabaliés. Ella se llama Gláfira. Es natural de una pequeña aldea situada en la falda del monte Ida. Aunque su familia era pobre, presumía de alta y antigua nobleza. Su estirpe se remontaba á las edades míticas. Contaba entre sus antepasados curetes y dáctilos ideos, de los que tejiendo danzas guerreras al són de los clarines y al estruendo de sus broqueles heridos por el pomo de las espadas, rodearon á Zeus, cuando niño, é impidieron que Cronos le oyera y le devorara.

En su agreste retiro, la familia de Gláfira se había resistido á hacerse cristiana y guardaba vivos y frescos, por tradición, los recuerdos del paganismo. Hasta se jactaba de poseer virtudes mágicas y prendas sobrenaturales, adquiridas por iniciación en venerandos y primitivos misterios. Afirmaba Gláfira que uno de sus progenitores había sido Epiménides, sabio, legislador, poeta y profeta, diestro en el arte de suspender la vida, permaneciendo aletargado en profundas cavernas, para conocer por experiencia el sesgo y tortuoso curso que llevan al través de los siglos los sucesos humanos.

Gláfira había perdido el secreto de las artes mágicas, pero tenía no pocas habilidades. Cantaba ó recitaba mil antiguas leyendas en verso de las edades divinas, de héroes y semidioses: de la venida de Europa á su isla, del furor amoroso de Pasifae y del triunfo y de la perfidia de Teseo. Y bailaba aún, según ella aseguraba, la misma ingeniosa danza que Dédalo compuso para la princesa Ariadna de las trenzas de oro.

Acusado de hechicero y de gentil, y huyendo de la intolerante persecución religiosa, el padre de Gláfira salió de Creta con su hija. Anduvo errante por varios países y al fin murió dejándola abandonada. Vagando como Io, Gláfira llegó á Hesperia, sin Argos que la vigilase, pero también sin tábano ó estro que la picase. No tenía más estro que su voluntad ambiciosa.

Alhakem, encantado y seducido por su talento y por su hermosura, la había hospedado en su alcázar. Ella soñaba con ser la favorita y la reina en el imperio de los Omniadas.

El irresistible capricho de poseer la tela y cierto anhelo casi inconsciente, que le había infundido el joven mercader, atrajeron á Gláfira y la impulsaron á dar el precio que se le pedía.

Llama más ardiente y más dominadora encendió el beso en el corazón de Abu Hafáz en vez de aquietarle. El era atrevido y capaz de arriesgarlo y de aventurarlo todo, confiado en la pujanza de su ánimo y juzgándose con bríos para allanar montes de dificultades. Resolvió, pues, guardar á Gláfira en su casa como prenda suya,

sin soltar la esclava para que no descubriese el secuestro.

Al saber la determinación de Abu Hafáz, Gláfira se enfurece: dice que la que espera ser reina de Hesperia, de las islas adyacentes y de parte del Magreb, no puede resignarse á ser esposa ó amiga de un mercader cualquiera, de un plebeyo renegado de la vencida y dominada raza española. Considera además delirio lo que Abu Hafáz pretende. Pronto llegaría á saberlo el sultán y tomaría cruda venganza. En su rabia, Gláfira insulta á Abu Hafáz y quiere matarle con un puñalito que lleva en la cintura. El la desarma y le paga su beso y sus insultos con un beso de vampiro. Se le ha dado en el blanco cuello; y á la luz de una lámpara, en un espejo de acero bruñido, hace que ella mire la huella que en su cuello ha dejado.

—Es el sello—le dice—de que eres mi esclava.

Gláfira tenía un círculo amoratado de la extensión de un *dirhem*.

—Más de un año—dijo Abu Hafáz—tardará en borrarse ese signo. ¿Cómo has de atreverte á volver con él á la presencia de tu antiguo amo? Ya eres mía; pero antes de que se borre la marca con que te he sellado, conquistaré un trono y serás reina conmigo.



Hacia poco que Alhakem había hecho jurar á su hijo Abderahman como *Vali-alahdi* ó sucesor

en el imperio. El hijo cuidaba de todo, mientras que el padre se entregaba á los placeres y sólo intervenía en el gobierno cuando le agitaban sus dos más tremendas pasiones: la ira y la codicia. El pueblo gemía agobiado por enormes tributos y vejado y humillado por la guardia personal del príncipe, compuesta de mercenarios eslavos, de eunucos negros y de tres mil muzárabes andaluces. Una reyerta entre gente del pueblo y varios cobradores de tributos, sostenidos por hombres de la guardia del rey, promovió un motin que fué sofocado mientras que Alhakem estaba de caza. Volvió de ella, y dejándose llevar de su crueldad, dispuso que crucificasen á los diez principales promovedores del motin.

Tiempo hacía que se conspiraba contra Alhakem. El horroroso espectáculo de los diez ajusticiados excitó la compasión y el furor del pueblo. La conjuración estalló prematuramente. La rebelión fué vigorosa. Casi todos los muladies ó renegados españoles tomaron parte en ella. Abu Hafáz los dirigía y capitaneaba. Esto fué al día siguiente del secuestro de Gláfira. La guardia del rey y los demás armados de la guarnición fueron dos ó tres veces vencidos y rechazados, teniendo que refugiarse en el alcázar. La muchedumbre le sitiaba y se aprestaba á dar el asalto, Alhakem receló que aquello iba á ser el fin de su reinado y de su vida. Llamó á su paje favorito, le hizo verter sobre su cabeza y sus barbas un pomo de olorosas esencias, para que por su

fragancia se le reconociese entre los muertos, y salió á morir ó á vencer á los rebeldes.

Por orden de Alhakem vadeó el Guadalquivir un buen golpe de sus guerreros, fué á caer sobre el arrabal de los muladies, que estaba del otro lado del río, y le entregó al saqueo y á un voraz incendio. Los muladies vieron las llamas y el humo; pensaron que ardian sus casas y tal vez sus mujeres y sus hijos, y abandonaron la pelea para acudir á socorrerlos. La batalla entonces se convirtió en derrota y en atroz carnicería y matanza de los muladies, atacados por todas partes, así por los que mandaba Alhakem como por los que, atravesando el puente, volvían del arrabal después de haberle incendiado.

Vencido Abu Hafáz, tuvo bastante fortuna y presencia de espíritu para poder escapar con no pocos de los suyos, con lo mejor de su tesoro y llevando á Gláfira consigo. Corriendo mil peligros y venciendo mil obstáculos, llegó Abu Hafáz hasta Adra. Allí tenía diez grandes naves suyas. Se embarcó en ellas y abandonó á España para siempre.

Alhakem, después de la victoria, aún castigó fieramente á los rebeldes. Más de cuatrocientas cabezas de los que habían caído vivos en sus manos aparecieron cortadas y clavadas en sendas estacas en la orilla del Guadalquivir. Después quiso mostrarse clemente, porque no había de matar millares de personas: pero las expulsó de España á millares. Unas fueron á Marruecos y poblaron un gran barrio de la ciudad de Fez.

Otras emigraron más lejos y se establecieron en Egipto.

Abu Hafáz, entre tanto, con sus naves, y con los más valerosos entre los foragidos, se hizo pirata.

Aquí entraba en mi plan una serie de aventuras y de incursiones en la Provenza, en Cerdeña, en las costas de Calabria y en otras comarcas.

Abu Hafáz, cargado de botín y con mayor número de naves y de gente que se le había allegado, aporta á Alejandria. Merced á las discordias civiles que allí hubo entonces, logra apoderarse de aquella ciudad magnífica y la conserva durante algún tiempo. El califa de Bagdad envía contra él un poderoso ejército. Abu Hafáz se defiende, y si bien capitula y abandona la ciudad, es después de una capitulación honrosa y lucrativa, recibiendo cuantiosa suma por el rescate.

Con veinte naves y con unos cuantos cientos de guerreros, Abu Hafáz se dirigió, por último, á Creta. Llevaba siempre consigo á Gláfira, mantenía su promesa jactanciosa de hacerla reina, y ahora esperaba hacerla reina en su patria, mucho antes de que se le borrara el apasionado signo de esclavitud que le había puesto en el cuello. Creta estaba en poder de los bizantinos cuando los foragidos andaluces desembarcaron en sus costas.

Aquí pensaba yo lucirme describiendo las bellezas naturales de la isla, sus antiguallas, sus famosas ciudades, como Gnosos y Gortina, los ves-

tigios del Laberinto donde estuvo encerrado el Minotauro, los esquivos lugares en que los dáctilos y los curetes bailaban sus danzas guerreras en torno del futuro monarca de los hombres y de los dioses, la sagrada caverna en que durmió su sueño secular Epiménides, y el punto en que se embarcó Ariadna con el falaz é ingrato Teseo, que luego la abandonó en Naxos, de donde la sacó en triunfo el dios Ditirambo con toda aquella comitiva estruendosa de faunos y de ménades, que tan gallardamente nos describen los poetas.

Sería menester relatar también cómo los guerreros de Abu Hafáz, después de saquear algunos lugares de la isla, quisieron abandonarla para no tener que luchar con el ejército del emperador de Grecia; y como Abu Hafáz, precediendo en esto á los catalanes en Galipoli y á Hernán Cortés en México, hizo incendiar las veinte naves, para que no quedase otro recurso que vencer ó morir á la gente de armas que llevaba consigo.

Pintaría yo, por último, la guerra sostenida contra los soldados del imperio griego y cómo fueron vencidos.

Abu Hafáz entonces se enseñorea de la isla toda y pone su trono y la capital de su dominio en una fortaleza, fundada por él y cuyo nombre fué Candax. Así borró por espacio de siglos su antiguo nombre á la isla que vino á llamarse Candía.

Gláfira fué reina, como Abu Hafáz se lo había

prometido. La marca no desapareció hasta mucho después que Gláfira había subido al trono. Y el hijo de Gláfira y su nieto y su biznieto reinaron en Creta, porque su dinastía duró dos ó tres siglos.

Todo esto contado aquí á escape, tal vez no tenga chiste; pero yo creo que dándole la debida extensión é iluminándolo eruditamente con los colores *locales y temporales* de que ya he hablado, sería divertidísima novela, y pondría además de realce la hazaña de los andaluces, musulmanes entonces en vez de ser católicos, y que fueron los primeros en llevar á Creta el islamismo, de que ahora con tanta razón quieren los cretenses libertarse. Dios se lo conceda y á mí la gracia de no haber fastidiado á los lectores de *El Liberal* con este á manera de aborto de mi seco ingenio. Válgame por disculpa que lo hago por complacer á usted.



EL DOBLE SACRIFICIO

EL PADRE GUTIÉRREZ Á DON PEPITO

Málaga, 4 de Abril de 1842.

MI querido discípulo: Mi hermana, que ha vivido más de veinte años en ese lugar, vive, hace dos, en mi casa, desde que quedó viuda y sin hijos. Conserva muchas relaciones, recibe con frecuencia cartas de ahí y está al corriente de todo. Por ella sé cosas que me inquietan y apesadumbran en extremo. ¿Cómo es posible, me digo, que un joven tan honrado y tan temeroso de Dios, y á quien enseñé yo tan bien la metafísica y la moral, cuando él acudía á oír mis lecciones en el Seminario, se conduzca ahora de un modo tan pecaminoso? Me horrorizo de pensar en el peligro á que te expones de incurrir en los más espantosos pecados, de amargar la existencia de un anciano venerable, deshonorando sus canas, y de ser ocasión, si no causa, de irremediables infortunios. Sé que frenéticamente enamorado de doña Juana, legítima espo-